

**Alicia Morel** nació en Santiago de Chile en 1921. A los 19 años publicó su primer libro; *Juan, Juanillo y la abuela*. Pero su éxito editorial le llegó con *La Hormiguita Cantora* y *el Duende Melodía* (1956), obra que encantó a los niños y que se reedita ininterrumpidamente hasta hoy. Considerada una de las grandes escritoras de literatura infantil, Alicia insiste en que a los niños no les gusta "que les enseñen algo" sino que les ayuden a echar a volar su imaginación. En 1964 Alicia fundó, junto con Marcela Paz, la filial chilena de IBBY, organización internacional que promueve la lectura y la producción de libros.

En el presente libro, Llanca, una perra dálmata fina "pero no relamida", tiene ganas de conocer el mundo. Desde pequeña vive en una casa de humanos en Valdivia, en la Región de los Ríos, acostumbrada a los mimos y cuidados de su ama. Pero Llanca es curiosa, y los aromas del río, del muelle y del mercado la motivan a dar un paseo. Todos los días cuando su ama trabaja, Llanca sale a dar vueltas por la ciudad, por el río Calle-Calle, por las islas Teja, Sofía y Del Rey, y hasta por los túneles del alcantarillado. ¡Qué de amigos y aventuras se ha hecho esta perrita de piel manchada! *El increíble mundo de Llanca*, fue reconocida el año 1978 en la Lista de Honor de IbbY Chile.

ch 863 - MORE - C 2



008348E



CÓDIGO 145

I.S.B.N. 978-956-12-2705-7



9 789561 227057

2



... pero de...  
... redes chinas...  
... ad furiosa o la...  
... unido a...  
... lla con...  
... de...

C M

# El increíble mundo de Llanca

Alicia Morel

ZIG-ZAG





# EL INCREÍBLE MUNDO DE LLANCA

---

ALICIA MOREL

*ILUSTRACIONES DE*  
CAROLINA DURÁN



*Delfín de Color*  
I.S.B.N.: 978-956-12-2705-7  
1ª edición: abril de 2014.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 978-956-12-2706-4  
1ª edición: abril de 2014.

*Gerente editorial:* José Manuel Zañartu Bezanilla.  
*Editora:* Alejandra Schmidt Urzúa.  
*Asistente editorial:* Camila Domínguez Ureta.  
*Director de arte:* Juan Manuel Neira Lorca.  
*Diseñadora:* Mirela Tomčić Petric.

© 1978 por Alicia Morel Chaigneau.  
Inscripción N° 58.491. Santiago de Chile.  
© 2014 para la presente edición por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A. Santiago de Chile.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.  
Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.  
www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo  
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio  
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,  
microfilmación u otra forma de reproducción,  
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores S.A.  
General Gana 1486. Santiago de Chile

## ÍNDICE

---

|  |     |
|--|-----|
| Un paseo por el muelle                                 | 7   |
| El Gallo de Pelea                                      | 21  |
| La Gata Blanca   | 37  |
| Los grandes animales hablan de las gaviotas            | 55  |
| Los túneles de Abandonado                              | 71  |
| La Perra del Pescador                                  | 91  |
| Leyenda de la campana de oro<br>y los viejos castillos | 115 |
| Arribo a puerto  | 125 |
| <i>Alicia Morel vista por sí misma</i>                 | 129 |

## UN PASEO POR EL MUELLE

**D**etrás de las rejas, Llanca guiñó sus pálidos ojos verde-azules, mirando alejarse a su dueña. Apenas ella se perdió de vista, la perra dálmata se sentó, lengüeteando las finas manchas color chocolate oscuro de su piel. Luego dio vueltas en torno a su prisión, olió el aire y dijo para sí:

“Esta isla no es el mundo. Hoy saldré para el lado de la ciudad donde hay un olor sabroso y olfatearé a mi gusto el mercado, el muelle y el río”.

Llanca no pensaba con palabras, como nosotros, sino con formas, colores, olores, ruidos, asperezas, suavidades; es decir, con imágenes.

Calculó que su dueña estuviera lejos y trepó la reja, como había visto hacerlo a la Gata Blanca. Los alambres se doblaron con su peso y Llanca dio un gran salto hasta el sendero que se perdía entre las hierbas. Prefirió irse por la huella abierta entre el pasto del huerto, porque era más oculta. Pasó bajo la cabaña del árbol donde solía jugar el Niño de la Casa Grande. Y divisó el panal de abejas instalado en el tronco hueco de un roble.

—Esas pican —masculló la perra, que ya había aprendido muchas cosas en sus seis meses de vida.

También se apartó de un campo lleno de ortigas, pues no hacía mucho, persiguiendo a un ratón, enterró las narices en las terribles hojas, lastimándose hasta

la lengua y la garganta. Su ama rió al oír sus gemidos y la acarició para consolarla.

—Tontita, no hay que meterse con las ortigas —dijo, con su raro lenguaje de pájaro loco, lleno de sonidos y tonos que subían y bajaban.

Desde una rama baja, el Tiuque la miró con desprecio y chilló:

—Ahí va esa perra vagabunda que les mueve la cola a los hombres.

Llanca le lanzó una mirada verdosa y un gruñido:

—Y tú, pajarón, estás gordo por robarle la comida que los hombres le dan al Gallo de Pelea.

—Chiiii —hizo el Tiuque, lanzándose al aire pesadamente, para refrescarse.

Y no es que hiciera calor. La niebla ocultaba las copas de los árboles todavía y formaba charcos blancos en los caminos dispares.

Llanca saltó entre la niebla, esparciéndola a su alrededor como humo. Su nariz la guiaba hacia el puente que unía la ciudad y por donde cruzaban carretelas, autos con luces amarillas, algunas personas arropadas.

Con su cola de látigo se daba impulso. De repente, se paraba con una pata en el aire y la cola recta, como si viera lo que había más adelante, detrás de los muros y los obstáculos.

En el muelle se encontró con el Niño del Viento, rodeado de perros salvajes. Llanca se ocultó rápida detrás de un arbusto.

El Niño del Viento corría dando gritos raros, no como los otros humanos, mientras los perrazos saltaban a su alrededor. Eran peligrosos. Ese niño podía ser tan malo como sus animales. Cuando soplabla el viento norte, gritaba igual que gaviota y abría los brazos entre grandes brincos, como si quisiera volar. La gente se asustaba



al verlo y los pescadores del muelle se reían. No tenía casa ni padres, pero los boteros y los comerciantes del muelle le daban de comer y lo vestían.

El Niño se alejó por la orilla del río, ese río que no hacía ruido y cuyo nombre: Calle-Calle, predicaba el silencio.

Llanca se sintió segura y salió de su escondite, sintiendo el fuerte olor del muelle, un olor a pescado, a fruta, a barcas, a hombres. A esa hora, los botes aún no habían llegado de los lejanos pueblos, de donde venían cargados de verduras, leña, flores y hasta chanchitos nuevos.

Esos eran los botes de tierra adentro. Los de río afuera tampoco se divisaban. Traían sacos de choritos, montones de pescados, mariscos, pequeños paquetes de cochayuyos. La niebla vendaba el horizonte y ni las gaviotas habían despertado, acurrucadas en los potreros que orillaban el río.

Llanca se acercó al borde del agua, bajando los escalones del muelle. De pronto, un ruido de olas la sobresaltó. Delante de ella, entre la bruma transparente, sacó su negra cabeza el Lobo de Mar. Sus grandes ojos pestañudos, su hocico ñato y los bigotes le daban un aire bonachón. Este Lobo se parecía al jardinero de la Casa Grande. Lanzó un bufido.

—¡Está buena la pesca! ¡Me comí una carpa viejo y gorda! Tenía como cien años y me la tragué en tres segundos.

Llanca, asustada, retrocedió de un salto. Luego, como el Lobo no intentara atacarla, sino más bien parecía un buen conversador, le preguntó con nerviosos ladridos:

—¿Quién eres, animal del agua? ¿Puedo ser tu amiga?

—Soy el Lobo de Mar que vive en una gruta, allá en Amargos, y no hago amistad con cualquiera.

—Mi nombre es Llanca y soy fina. Tengo una dueña que me cuida. ¿Qué haces en el río?

—Pues, comer. ¿No oíste que me tragué una carpa de cien años?

—¿Qué es una carpa?

—Ni los peces nuevos son tan ignorantes como tú. Eso te pasa por vivir en tierra; las carpas son unas peligrosas cazadoras de agua dulce, que viven muchos años. Se esconden en el fondo del río y no les cuesta nada hacerse invisibles, porque tienen color de barro.

—Muéstrame una —ladró la perra con curiosidad.

El Lobo se sumergió, haciendo chocar el agua contra el muelle y apareció al poco rato con un pescado atravesado en el hocico. Era una carpa con cara de mal genio, que se sentía muy incómoda entre los dientes de su captor.

Con un impulso, el Lobo la lanzó a los escalones del muelle.

—Ahí tienes, te la regalo.

Pero antes de que Llanca hiciera un avance, la carpa dio unos saltos y aletazos, regresando al río, donde desapareció.

—Se te arrancó —bufó el Lobo—. Eres mala pescadora. Las gaviotas lo hacen mejor, desde el aire. Por suerte, con la niebla, no han venido a quitarme el desayuno. Ahora tengo que seguir mi camino.

—¿Adónde vas?

—Regreso al mar, al roquerío de Amargos. Allá me esperan mi mujer y mi hijo. Les llevaré una carpa y, si tengo suerte, una trucha.

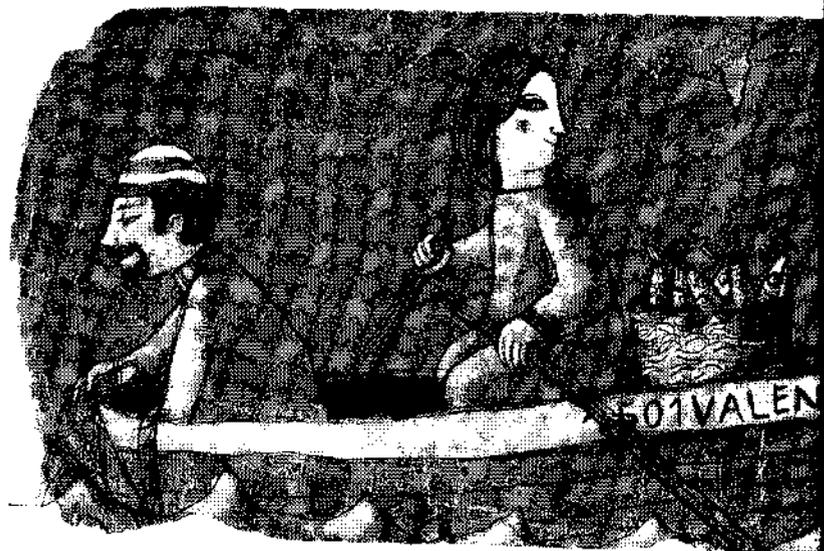
Antes de que la perra hiciera más preguntas, el Lobo se sumergió y esta vez su gran cuerpo no volvió a aparecer por ningún lado.

Lo hizo muy a tiempo, pues la niebla empezaba a levantarse y los botes, con

su gente y su carga, avanzaban hacia el muelle. Venían de tierra adentro, y las mujeres remaban. Venían de río afuera, y los pescadores impulsaban sus lanchas.

Llanca trepó los escalones y se sentó más lejos a observar.

Empezaron a desembarcar choritos, canastos con verduras; en fin, todo lo que producen la tierra y el mar.



En eso bajaron un saco que chillaba como una criatura aterrada. Lo dejaron en el suelo, no lejos de la perra. Se movía como si estuviera lleno de patas y, entre los bramidos, perdía el resuello.

—¡Ayayay! —se quejaba el saco y daba saltos—. ¡Ay, que me matan!

Llanca lo miró un rato con gran atención; el movimiento y los chillidos despertaron sus instintos cazadores. Se acercó, olfateándolo por precaución. No era muy perfumado, así es que lanzó unos estornudos. Le puso una pata encima, lo que produjo en el saco una verdadera pataleta. Esto hizo que la perra se entusiasmara y le puso encima las dos patas y hasta le dio mordiscos y lo tironeó a su gusto. Cuando más satisfecha estaba en su lucha con el saco, le llegó un golpe en las ancas, que la hizo huir como relámpago a unos cincuenta metros.

Una de las mujeres, dueña del extraño gritón, la amenazó a la distancia. Luego

desató el saco y Llanca vio aparecer a un animal muy feo, que no paraba de gritar: un chancho joven, que luego sería vendido.

Como empezaran a lloverle piedras, la perra, antes de dar media vuelta, ladró.

—Ese bicho de mal olor no me interesa lo más mínimo.

Caminó por algunas calles, le hizo el quite a automóviles y a caballos, y luego que hubo conocido la ciudad por narices, ojos y oídos, regresó a su casa de la isla.

Cavó un agujero bajo la reja y entró a su prisión, satisfecha. Se estiró y se echó a dormir en su rincón preferido.

Cuando Ella, su ama, regresó del trabajo y vio a Llanca descansando con un aspecto tan inocente, dijo con lástima:

—¡Pobre, mi perra! Toda la mañana encerrada.

Entre sueños, el animalito le movió la cola alegremente.

## EL GALLO DE PELEA

—¡Llanca está amarrada!—cantó el Gallo de Pelea, paseando por el jardín de la Casa Grande.

Lucía hermosas plumas primaverales y su cola, de un elegante azul verde, brillaba al sol.

—¡Primavera, primavera!—volvió a cantar.

Aunque vivía solo, no tenía alma de solterón. Había llegado del norte; un amigo del Niño de la Casa Grande se lo trajo de regalo.

Aprovechando la alegre distracción del Gallo, el Tiuque se dejó caer desde su rama de observación y se dirigió con pasos torpes, aunque seguros, al tarro de la comida. Espantó a los gorriones, que también sacaban migajas, y picoteó a sus anchas.

El Gallo lo vio de reojo:

—Tiuque ladrón, saca tus patas de mi tarro.

—Bueno, bueno, “elegantoso”; una probadita no es robo.

Y se retiró tres pasos, con aire entre indiferente y retador. Con un Tiuque nunca se sabía. No era ningún mendigo y tenía conciencia de su poder. Una parte del jardín le pertenecía: la del aire y los árboles.

El Gallo comió uno o dos granos. Apenas se distrajo, el Tiuque le quitó a la mala otros sabrosos bocados.

Así, entre correteos y pillerías, el Tiuque se llenaba el buche y era uno de los más robustos y grandes de su especie.

Sin embargo, estas discusiones entre el Gallo y el Tiuque no serían de gran importancia. Muchas veces el Gallo se sentía solo y le gustaba conversar con el pájaro salvaje.

—¿De dónde vienes tan hambriento? —solía preguntarle para saber de otros lugares.

—Fui a mirar el mar. El tiempo se anuncia bueno, así es que las gaviotas, los patos silvestres y las bandurrias vuelan hacia el mar.

—¿Qué es eso: maaar? —cloqueaba el Gallo.

—Es un gran potrero de agua, lleno de peces, de barcos, de gaviotas.

—Bah, eso se llama río y yo también lo conozco.

—No, Gallo; el mar es mucho más ancho, no tiene fin por ningún lado y sus olas son altas como casas. Además, es salado.

—¿Cómo? ¿Lo probaste?

—El agua del río es dulce, la del mar, salada. Yo todo lo pruebo para saber.

—Sí, hasta mi propio tarro de comida.

Y el Gallo le echaba una correteada, la que hacía volar al Tiuque a su rama, con aire despreciativo.

—Este Gallo ignorante no sabe apreciar una buena conversación. Tampoco tiene idea de que entre los pájaros salvajes tenemos nuestras leyes. Es una pobre ave de corral, suelta en un jardín.

Otras veces el Tiuque contaba de las cordilleras, de los volcanes en forma de cono que echan humo día y noche; de los rebaños de ovejas y vacas.

—A mí me gusta ir donde las ovejas. Me paro sobre su lomo y me como las garrapatas.

—Tiuque ordinario —cloqueaba el Gallo—. Y luego vienes a picotear mi comida.

El día domingo Llanca quedaba libre de amarras, pues su Ama estaba en casa para cuidarla y pasear con ella. El Gallo lo sabía y se escondía entre los espesos arbustos del jardín o volaba hacia unas ramas a dos metros del suelo, donde solía dormir en verano, para estar a salvo del Zorro. ¡Cuántos enemigos tenía!

Un domingo, sin embargo, el Gallo de Pelea enfrentó a Llanca, para gran sorpresa no solo de la perra, sino de toda la gente de la Casa Grande.

El día anterior conquistó a una compañera del gallinero vecino: una hermosa castellana, de plumaje veteadado blanco y negro. Cuando la perra se dispuso a sacarle las elegantes plumas con que conquistó señora, el Gallo abrió las alas y se tiró amenazante, alzando sus estacas contra la asombrada Llanca. La Gallina avanzó detrás de su marido sin temor. Aunque

la perra husmeó en torno a ellos con cara de pregunta, no se atrevió a perseguirlos. Estaban encerrados en un círculo mágico, su propia unión. Esto los hacía fuertes contra sus enemigos.

La Gata Blanca, que venía de la casa de la Abuela, tampoco robó comida al Gallo, como otras veces, pues la Gallina le hizo saber que ahora ella era la dueña de casa.



Entre cloqueos, añadió:

—Claro que si algo sobra, no te lo negaremos.

Por toda respuesta, la Gata lamió sus flancos y sacudió sus patitas húmedas y delicadas. Se sentó al sol primaveral con los ojos entrecerrados y rumió pensamientos que nadie pudo adivinar.

Ella ejercía un misterioso poder sobre Llanca y sobre el Ama. También obligaba a los de la Casa Grande a darle un plato de leche, restregándose contra las piernas y maullando zalamera. Nadie tenía corazón para negarle alimento.

La Gallina empezó a poner huevos, unos huevos de color celeste, en un cajón con paja que había en una leñera ruinosa.

El Niño de la Casa Grande descubrió el nidal cuando tenía seis huevos. Dejó uno, para que la Gallina no desconfiara, y se llevó los otros como tesoro. Cada tres o cuatro días volvía al nidal a recoger la cosecha de huevos frescos. Pero la Gallina no era una cualquiera y sabía contar, así es que le comunicó a su marido que cambiaría de residencia.

Cuando el Niño vino a buscar la acostumbrada provisión, solo encontró el que había dejado para engañar a la Gallina.

Ayudado por el Ama de Llanca, buscaron por todas partes el nuevo nidal. Fue inútil. La Castellana lo ocultó hasta del Zorro. Ni siquiera cacareaba al poner sus huevos. Era un escondite perfecto. Llanca tampoco pudo descubrirlo. Y así pasaron los días y una mañana la Gallina no apareció. Solamente el Gallo, con aire importante, cuidaba su comida. El Tiuque, al verlo sin compañera, se le acercó:

—¿Tienes novedades? —le preguntó, echándose unos maíces al buche.

—Mi señora está echada. Pronto tendré descendencia —contestó el Gallo, contoneándose.

—¡Qué horror, más gallos de pelea! —se quejó el Tiuque para sacar pica.

—¿Y cuántos tiuquecitos vas a tener tú, allá en el gran Aromo? Por lo menos serán tres, que chillarán pidiendo mi comida y llamando a la lluvia.

—Tres, claro que sí, es un número decente. Hay que pensar en la explosión demográfica. Pero estoy seguro de que tus pollos pasarán de la docena, con lo ancha que es tu señora.

—No sé cuántos serán —contestó el Gallo—. Por desgracia nos robaron muchos huevos.

—Por suerte, querrás decir —se burló el Tiuque. Y se echó a volar antes de que el Gallo le diera un picotazo.

A los veintiún días de esta conversación, la Castellana apareció en el jardín rodeada de ocho polluelos piadores. Y unos eran como su madre y otros se parecían al papá.

En la Casa Grande, todos, el Niño, sus padres y hermanas, se alegraron al ver a la nueva familia. Y el Ama de Llanca rió al ver a los pollitos nuevos, y la perra quiso jugar con ellos. Pero la Gallina no dejó que se acercara y la atacó furiosa:

—¡Vete, no te acerques, vete, perra manchada, que los picotazos duelen!

Llanca masculló sus reclamos, como lo hacía siempre que no le permitían hacer algo, pero se retiró por prudencia. Las hembras con crías, aunque sean humanas, son enemigas peligrosas, aun las más pequeñas.

El Tiuque felicitó al Gallo:

—Han salido hermosos los ocho pollos. Allá arriba, en el gran Aromo, se mecen en su nido mis tres tiuquecitos. Están muy seguros. Porque te diré que el Zorro viene todas las noches a hacer sus rondas.

—Veo que estás envidioso, amigo. El Zorro no anda por estos lados, no te preocupes. En cambio, he oído que la huiña, ese pequeño leopardo, anda entre las ramas.

—Chiii... —hizo el Tiuque—. La huiña no trepa tan alto; prefiere los gallineros y los nidales.

Y alzó el vuelo para hacer una inspección desde el aire. No era cierto... Porque el Zorro sí que lo era y él no quiso lanzar una sombra sobre la felicidad del Gallo al decirlo. El Zorro era un cazador que se iba a lo más fácil. Y en los amaneceres andaba por la vega pantanosa, junto a la Casa Grande.

La Lechuza lo había divisado antes de dormirse y la Gata Blanca también lo había visto. La Lechuza era el ojo vigilante de la noche, así como la Gata lo era en el día. Pero la Gata nada dijo ni advirtió. ¿Qué tenía ella que meterse en asuntos ajenos, de personas peligrosas? Cada uno tenía su terreno para cazar; era una ley que todos los animales respetaban. Y eso era muy cómodo, pensó la Gata. El silencio es oro para no meterse en líos:

El Gallo comentó a su esposa las palabras del Tiuque; ella se preocupó de inmediato:

—No, el Tiuque no ha dicho eso por envidia. Yo he sentido el olor del Zorro en el amanecer. Velaré en mi escondite, porque los pollitos, como son pequeños, no saben estarse quietos y callados como yo.

A pesar de las malas noches, la Castellana siguió levantándose temprano y no perdió su buen humor ni la paciencia con sus hijos. Era una gran madre y lo iba a demostrar.

El Zorro esperó varias noches, hasta asegurarse el escondite de la Gallina. No le perdía pisada, oliendo sus huellas. La Lechuza, que comenzaba a volar hacia el anochecer sobre la vega, en busca de ranas y ratones, le advirtió:

—Cuidado con hacerle daño a la Gallina, Zorro. Más tarde saldrán los hombres con sus perros y sus balas a perseguirte por dañino.

—¿Y qué quieres que coma, entonces?

—Ratas y ranas, como yo. O liebres y conejos.

—¿Me has visto las canillas? —contestó el Zorro, con una risita—. Yo no tengo tu mal gusto, ni estoy para quedar en los huesos corriendo detrás de conejos y liebres.

El Chuncho se puso a cantar:

—Alguien va a morir; sí, alguien va a morir.

Y del susto que le daba su noticia se desvelaba durante el día, y el Niño de la Casa Grande lo sorprendió una vez parado entre las ramas de un sauce alemán.

Así, llegó el amanecer del ataque. El Zorro cayó en medio del nidal que hasta entonces nadie pudo descubrir. El Gallo salió gritando:

—¡Socorro, socorro, el Zorro, el Zorro!  
—Y voló a su rama a refugiarse.

La Castellana se enfrentó a la bestia con aletazos, picotones y cacareos de furia para defender a sus pollos.

—No es a ellos, es a ti a quien busco —dijo el malvado.

Ella se defendía desesperada, pero sin perder el coraje. Con la bulla, despertó Llanca y luego su Ama. Ella abrió la ventana y oyó el ruido de la desigual batalla. El Zorro dio en ese momento un mordisco en el cuello de la Gallina y la infeliz perdió el aliento. La arrastró hacia la vega, pero al sentir que alguien venía, abandonó su presa entre las matas. El Ama de Llanca llegó junto a la pobre madre, la recogió y la llevó a su casa. Allí la curó lo mejor que pudo, pero ya no tenía remedio. Murió al mediodía, desangrándose lentamente, como si quisiera aferrarse a la vida por amor a sus polluelos. Los de la Casa Grande se afligieron mucho, hubo lágrimas por la valiente Castellana.

El Niño dijo que él cuidaría a los polluelos, y les hizo un corral bien protegido.

El Gallo cacareó su viudez y el Tiuque le dio un sentido pésame. Y ese fue el único día en que no le robó comida del tarro.

## LA GATA BLANCA

Cuesta que llegue el verano en la región sureña. Entre temporales y nieblas, el sol va acentuando su poderío y una mañana amanece un día helado y radiante, adornado de flores de rododendros y azaleas, de fucsias, camelias y un cortejo de jacintos, narcisos y lirios de toda clase. Las telarañas, entre árboles y enrejados, son otras flores de cristal que se disuelven al sol.

Con el buen tiempo, la Gata Blanca acudió más a menudo a la Casa Grande.

Descubrió que Llanca también tenía un plato de comida junto a la Casa Chica, cerca del huerto; y, sin duda, era más adecuada a su paladar que el insípido alimento del Gallo de Pelea.

Sin decir palabra, deslizándose entre el pasto crecido, se acercó a la Casa Chica, y en cuanto salió el Ama de Llanca, se puso a hacerle arrumacos y a restregarse contra sus piernas para conmoverla. Y lo consiguió, pues ella, enternecida, le trajo un plato con leche.

Llanca miró a la Gata con ganas de jugar; para ella, todo el mundo era su amigo: no conocía aún las traiciones ni las mentiras.

Había otra razón para que la Gata buscara el alero de la Casa Chica. Al Niño le habían regalado una perra *cocker spaniel*, que no soportaba a los felinos desde que uno de ellos le robara un hueso. Y como la Gata más de una vez intentó asaltar su

plato de buena comida, la cocker, que se llamaba Pelusa, no aguantaba verla, ni mucho menos su olor, y la perseguía con fuertes ladridos que hacían doler las orejas.

Cuando Llanca quiso jugar con la Gata, esta le bufó y le lanzó zarpazos, que por suerte no alcanzaron el sensible hocico de la perra.

—¿Por qué no juegas conmigo?—masculló en su idioma tan personal.

—No estoy para juegos ridículos—contestó la Gata—. Soy cómoda, vivo contenta y prefiero la vida fácil de un gato jubilado.

—¿Qué es eso, jubilado?—interrogó Llanca.

—Que ya no necesito cazar para conseguir la comida. En la Casa de la Abuela la cazuela es escasa; son pobres y por años he tenido que alimentarme de pájaros, lagartijas y otras alimañas. Creo que llegó la hora de comer del plato que a uno le ponen delante, ya sea el del Gallo o el tuyo.

La Gata era bastante cínica y se aprovechaba de la inocencia de la dalmata para escoger lo mejor de su alimento. Menos mal que los felinos son pulidos y comen mucho menos que los perros; por eso el Ama observaba divertida los manejos de la Gata.

Pero su aprovechamiento llegó al colmo una tarde en que soplaban el viento sur, trayendo el hielo de la Antártica.

En la noche, Llanca aún dormía dentro de la Casa Chica, aunque su Ama le había mandado a hacer una casita de techo rojo, toda forrada para que no pasara frío. Y esa tarde pidió ser admitida más temprano junto al calor de la chimenea. Al querer entrar, la Gata se adelantó de un salto y se puso a la defensiva en el umbral.

—¿Quieres entrar? —bufó—. Me tienes que pedir permiso, pues aquí mando yo.

Llanca la miró con espanto, sin ladrido, pues la Gata se veía feroz.

—Sí, llegó mi hora —continuó maullando—; la hora en que te obligaré a hacer lo que yo quiera. Esta es mi venganza por todos los perros que me han correteado en mi vida.

—Yo soy perra —masculló Llanca—. Además, nunca te he correteado, aunque te comas lo mejor de mi plato.

—Vaya honor que me haces. Las cuentas de tanto ladrido indecente las vas a pagar tú.

—¿Por qué te pones tan peluda, Gata Blanca? No entiendo tu odio ni por qué no me dejas entrar en la casa de mi Ama.

—¡Es MI AMA! —bufó la Gata, lanzando zarpazos a la nariz de Llanca.

—Que yo sepa, tu ama es la Abuela —ladró Llanca, empezando a enojarse con tanta desfachatez.

Pero la Gata no se movió.

—Entonces quiere decir que tengo dos amas —concluyó.

Para algo Llanca tenía largas piernas y una agilidad maravillosa. Retrocedió un poco y dando un gran salto pasó por encima de la Gata y sus rezongos, y se echó junto a la chimenea sin mirar para atrás.

Aunque el brinco sorprendió a la peleadora, lo disimuló con su mirada más indiferente. Se alisó los pelos largo rato y luego salió hacia la casa de la Abuela.

Iba con su barriga bien repleta y con su orgullo casi satisfecho. Pero al atravesar la vega, su piel blanca atrajo la mirada del Tiuque.

—Vaya, parece que ahí anda un conejo... Sería la ocasión para celebrar a mis tiuquecitos que ya están aprendiendo a volar, con esta delicada presa.

Y se lanzó al espacio chillando.

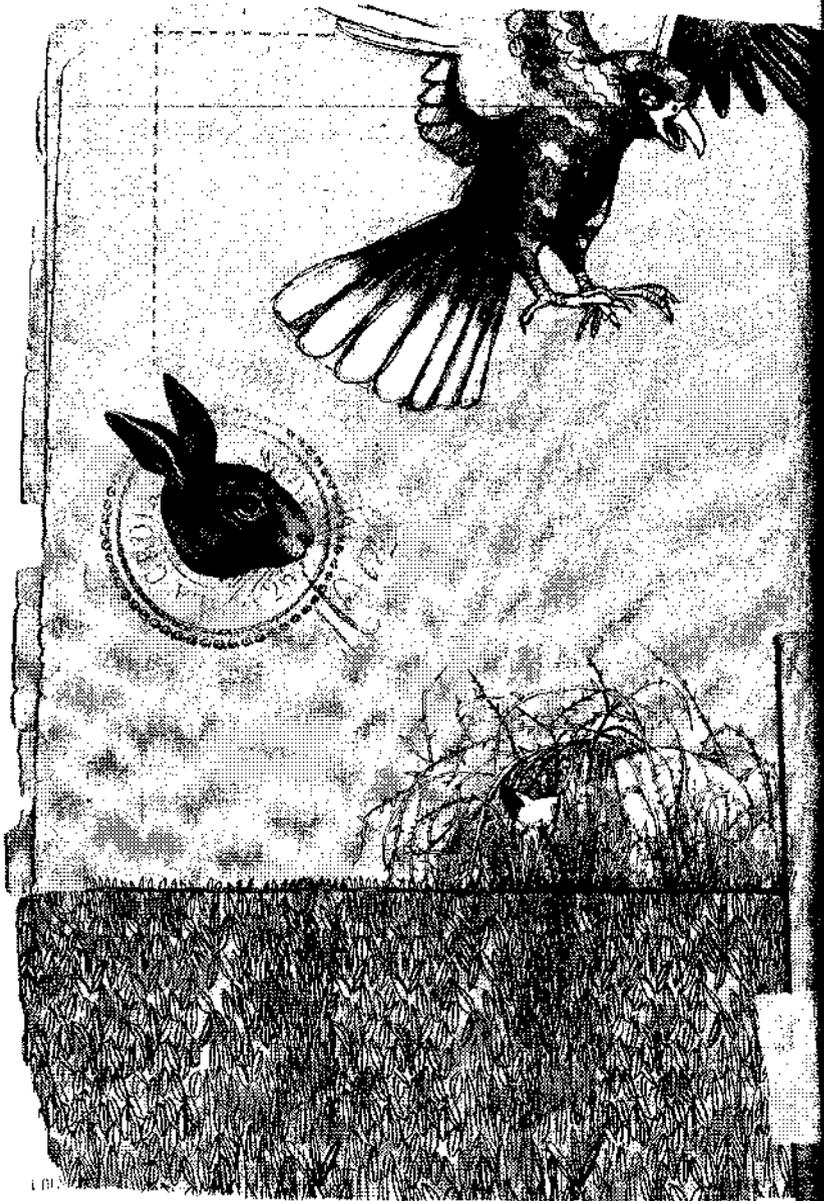
—Aunque sea por una vez en mi vida, cazaré un conejo desde el aire.

La Gata presintió el aleteo del Tiuque sobre su lomo y se acurrucó, apretándose contra el suelo todo lo que su repleta barriga le permitió. La pesadez del pájaro le impidió dar un picotazo a la Gata al pasar. Reemprendió el vuelo con energía y dio tres vueltas sin lograr su intención. En la última, sus patas rozaron el lomo blanco. El Tiuque decidió planear más lejos, para hacer un descenso lento y bajo, a ver si arrancaba un ojo de aquel conejo que, al parecer, estaba paralizado por el miedo.

Fue el instante que aprovechó la Gata para deslizarse rápida entre el pasto crecido de la vega hacia unas tupidas zarzas que aún no echaban hojas, pero cuyas espinas eran un buen escudo. Por allí se metió entre las ruinas de un astillero.

Vio volar al Tiuque buscando a su presa con aleteos maléficos. Humillada, la Gata se dijo:

“Que un pájaro estúpido me confunda con un conejo, es peor a que me ladre un perro. Hablaré con la Serpiente para que trepe al Gran Aromo y se coma a los tiuquecitos. Sabrá de mí este infeliz”.



El Tiuque chilló:

—Lástima que se me fue el conejo y ahora que venía planeando tan bien.

A lo que la Loica, que anidaba para mayor seguridad entre las plantas y zarzas de la vega, le advirtió:

—Confundiste a la Gata Blanca con un conejo, y te pesará.

—Ay, ¿me estaré poniendo corto de vista? —comentó el pájaro—. Vaya, lo siento, porque con la Gata hemos compartido el plato del Gallo de Pelea.

Y de un impulso voló hacia su rama favorita.

La Gata guardó todo esto en su memoria de ojos amarillos.

Se tomó su tiempo para buscar el rastro de la Culebra. Esta solía vagar por el huerto, cerca de los gallineros vecinos a la Casa Chica. Cazar un pollito o comerse un huevo era allí empresa liviana y comida

deliciosa, en vez del alimento ordinario de ratones y arañas que pululaban cerca del río.

Un día de sol, la Gata tropezó, por fin, con ella. Estaba sobre un tronco, echando un sueño, pues acababa de cambiar de piel.

—Buenos soles tengas —la saludó la Gata amablemente.

—¿Ah?... Sí, gracias —contestó la Culebra con un silbido soñoliento, que era a la vez saludo y advertencia. Una gata es una gata, no se puede confiar. Y tampoco en una culebra, aunque esté borracha de calor primaveral.

—Tengo un dato para ti —continuó la maulladora.

—¿Qué clase de dato?

—Arriba del Gran Aromo hay tres pequeños Tiuques gordos en su nido. Aún no aprenden bien a volar, y si te apuras podrás dar cuenta de los tres.

—Te lo agradezco, Gata Blanca. ¿A qué se debe tu generosidad?

—Oh, solo tú puedes trepar tan alto. A mis años, me mareo.

—Esta es la temporada de la caza fácil; la vega está llena de nidos, de huevos deliciosos, lo mismo que el gallinero vecino. Te confieso que tampoco me tienta trepar al Gran Aromo —contestó la Culebra, bostezando y dejando a la vista su afilada lengua partida.

—Te comprendo, mi amiga. Sin embargo, esos tiuquecitos no solo están sabrosos, sino que llegar hasta ellos te dará gran fama en la isla Teja.

—Cuando digiera el almuerzo, lo que demorará unas doce horas, intentaré subir al Aromo. La fama es algo que...

La Culebra no terminó la última frase, pues se durmió de inmediato. Pero la Gata se fue feliz a sus correrías.

—Nunca falla tentar el orgullo ajeno —iba ronroneando.

Sin embargo, al otro día volvió al tronco donde dormía la Culebra, por si no hubiera despertado. Y así era; seguía soñando con todo lo que había comido. Inútil que la Gata la rozara y le pasara hasta su áspera lengua. No despertó. Entonces decidió tomarse la venganza por sí misma.

—Ni la fama tentó a esta rastrea... Me dará gusto tirar a los tiuquecitos Aromo abajo. Aunque la empresa es difícil, vale la pena. Además, la fama será toda para mí.

El tronco del Gran Aromo era tan ancho, que ni una ronda de diez niños podía abrazarlo. La Gata trepó con facilidad, al comienzo. Se sujetaba hábilmente y las ramas eran como senderos hacia la altura. Rumoreaba el viento por la frondosa copa, como olas de mar en una playa movediza. Miles de golondrinas,

que anidaban allí todos los veranos, habían llegado hacía poco. Entraban y salían bulliciosamente, creando con sus vuelos verdaderos arabescos en el aire. La Gata subía agazapada, pues el viento se hacía más fuerte en la altura. Seguía por diferentes ramas, sin saber si había tomado la dirección adecuada.

El árbol inmenso era un universo muy complicado: un laberinto de ramas y hojas bailarinas, donde se acunaban incontables pájaros de toda especie. En realidad, no solo las ondas del viento sonaban como suspiros de un gigante; el piar de las aves era capaz de marear, como si estuviera dentro de una “discoteque” de cambiantes luces y música ensordecedora.

El calor de la venganza empezó a enfriarse en el cuero de la Gata cuando, de pronto, miró hacia abajo y se encontró a veinte metros de altura. Lanzó un maullido de

asombro y susto, que espantó a cientos de pájaros a su alrededor. Una verdadera sombra emergió del Aromo, sombra compuesta por miles de plumas, que luego se deshizo, desparramándose por el aire. Golondrinas, tordos, jilgueros, gorriones, diucas, huían en confusión. Unos daban alarmantes avisos:

—¡La huiña, la huiña se subió al Aromo!

Y otros advertían:

—¡La Gata Blanca anda de caza!

El Tiuque vio y escuchó el alboroto y algo le dijo que la cosa era con él. Sus pequeños estaban echando plumas voladoras, pero todavía podían sufrir ataques de animales asesinos. Si era la huiña, pequeño leopardo manchado de gris y amarillo, no dejaría nido bueno; si era la Gata Blanca, eso quería decir ataque directo a sus hijos. Despegó de su rama y como pesada flecha voló

hacia el Aromo, donde la confusión era espantosa. Su nido estaba a salvo, pero ¿dónde estaba la Gata? ¿O la huiña? Por si acaso, se quedó junto a su mujer en actitud amenazante y alerta.

La Gata, entretanto, había comenzado a descender. Entre aletazos y chillidos, en medio de la confusión del viento y de las plumas que se arremolinaban en torno a ella, mantuvo fría su cabeza para no sufrir vértigo. No volvió a mirar hacia abajo, sino a los que tenía más cerca: la corteza de las ramas, y bajó uña a uña por el camino de troncos. Demoró bastante, pues cuesta más bajar que subir, y esto lo saben hasta los andinistas.

Cuando tocó suelo, su corazón dio un ancho latido de felicidad. Corrió entre el pasto, ocultando su blancura y se refugió en la Casa de la Abuela, donde pasó varios días cerca del fogón.

El Tiuque se quedó siempre con la duda de quién había subido al Aromo. Mientras sus hijos no aprendieron a volar, no estuvo tranquilo ni de día ni de noche. Se transformó en un marido hogareño.

La Gata ganó en fama por toda isla Teja.

## LOS GRANDES ANIMALES HABLAN DE LAS GAVIOTAS

Una mañana invadieron la vega unos grandes animales que Llanca jamás había visto. Con temor y curiosidad se sentó a mirarlos desde lejos; por suerte, existe la curiosidad, que predomina sobre cualquier miedo y poco a poco se fue acercando al ver que solo parecían preocupados de comer.

Uno de ellos era mucho más pequeño y la perra decidió acercarse a este para olerlo con cuidado. Mejor no lo hubiera

hecho, pues la madre se abalanzó furiosa contra Llanca, dispuesta a defender a su ternero.

Sí, eran vacas, seres mansos y pensativos, mientras rumian y comen, pero muy celosos de sus crías.

—¡Vete, vete, gaviota estúpida! —mugió la madre.

Llanca no tuvo tiempo de explicar que ella era una perra; solo alcanzó a dar un gran salto y correr a su casa con las orejas echadas hacia atrás.

Continuó contemplando las vacas hasta que decidió iniciar otro intento amistoso. Esta vez se aproximó prudentemente, con paciencia cazadora, sin quitarles el ojo y mascullando:

—Por si les interesa, no soy una gaviota. Soy una perra dálmata muy fina. Quisiera hacer amistad con ustedes y por eso tengo que tomarles el olor...

La vaca la miró desconfiada, aunque con cierta indiferencia. Apenas Llanca creyó que la aceptaban, pues movían sus cabezas de arriba abajo, dio otro paso hacia el ternero. La vaca volvió a rechazarla con mayor enojo:

—¿Por qué no te vas al potrero de las gaviotas? Allí puedes comer a tu gusto —mugió, amenazándola con sus cuernos.

“Hablamos idiomas diferentes”, se dijo la perra. Y se le acabaron las ganas de hacer amistad con grandes animales, aunque olían a potrero. Por curiosidad también, decidió buscar el de las gaviotas.

Por lo que ella conocía, estas blancas aves no tenían potrero propiamente; estaban todo el día sobrevolando el río, parándose en las orillas o flotando. Dirigió su nariz hacia aquel lugar tan atractivo para observar a los pájaros errantes.

Vio venir una pequeña isla blanca río abajo. Divertida, se dio cuenta de que

era un grupo de gaviotas que se dejaban llevar por la corriente, mientras charlaban de cualquier cosa. Al llegar a un punto, alzaban el vuelo de a una, para volver a echarse sobre al agua y flotar, flotar...

Cuando se cansaron de este juego, se pararon sobre unos palos que emergían cerca de la orilla. Oyó su conversación:

–Siento en el aire que habrá temporal –dijo una de plumaje grisáceo.

–Sentí las primeras rachas del viento norte, Ala Gris. Eran tibias, como nidos. ¡Jugaremos con el temporal!

–Sí, Pluma Negra, porque flotar en el río es delicioso y uno se adormece en el columpio del agua; pero jugar con el temporal es la verdadera fiesta para nuestras alas.

Todas las gaviotas se comunicaron la noticia agradable:

–Habrá temporal de lluvia y viento, el aire trae nidos tibios –se gritaron unas a otras, como quien se invita a un gran baile.

Llanca masculló:

–A mí también me gusta la ventolera, pero no para tanta alharaca...

No pudo descubrir dónde dormían estos pájaros que solo sabían comer y jugar.

Esa noche se desató el mal tiempo. Llanca despertó de amanecida, con los truenos y relámpagos.

–Quiero salir –gimió junto a la cama de su dueña, desvelada también por el ruido y las enceguecedoras luces del cielo.

–A tu cama, Llanca –ordenó ella–. Ya no dejaré que te metas en la mía.

–Tu camita llena de olor a ti me gusta mucho, pero yo quiero ver el baile de las gaviotas –insistió la perra, tironeando las sábanas.

Y no dejó de molestar hasta que su Ama le abrió la puerta, pensando que Llanca tenía una necesidad urgente.

Libre, sintiendo que le brotaban alas por las orejas y los costados, la dálmata se lanzó a favor del viento, en dirección al río.

Le causó asombro ver las huellas de las anchas pisadas del viento sobre la superficie del agua. El huracán tomaba cuerpo de lluvia, se vestía con ella y se hacía visible. Las rachas, volando horizontalmente, abrían caminos en todas direcciones sobre al río. Ondas de lomos anchos recorrían las aguas, como si un animal prehistórico hubiese despertado con la tempestad y se desperezara bajo la superficie.

El ruido era inmenso, iba y venía entre los aromos gigantescos, los arces, encinas y pellines, atravesando nidos; todos los árboles eran arpas de voces que reiteraban llamados prehistóricos.

Llanca se acurrucó bajo un pino de ramas arrastradas y desde allí observó la locura de la naturaleza. Cuando una luz se intensificó, empezaron a llegar las gaviotas. Entre las ráfagas y la lluvia era difícil distinguirlas. Se lanzaban por encima del puente que unía la ciudad a la isla Teja, se iban elevando una tras otra, como si escalaran el aire con sus alas abiertas, sensibles a cualquier variación de las rachas. Era una danza en el viento. Ascendían trabajosamente, con una especie de felicidad, avanzando en una lucha de cada pluma, como si se apoyaran en las garras del huracán, de frente. Luego planeaban, al encontrar un remanso de aire o un vacío, perdiéndose entre la lluvia con débiles chillidos de placer. El viento las traía de vuelta y emergían de nuevo tras el puente.

Llanca corrió por la orilla, ladrando; pero las gaviotas no se fijaron en ella.

De pronto, empezaron a desaparecer, llevadas por el huracán. Inquieta, la perra decidió averiguar adónde iban.

—A mí no me hacen lesa —masculló—. Estos juegos con la ventolera deben llevarlas a un lugar secreto, donde se dan sus banquetes.

Dejándose llevar por el viento y la lluvia, Llanca se metió en las zonas pantanosas de la Isla, donde chapoteó largo rato. Al acercarse a unas ruinas de lo que fue una famosa industria, vio a un extraño perrito que le movía la cola amistosamente. Aunque al principio no se sabía si era la cabeza lo que agitaba así, pues los pelos se le disparaban sobre y entre los ojos, a pesar de lo mojado que estaba. Tenía una pata coja y una oreja gacha y se notaba que era cachorro. Se olfatearon, y Abandonado, que así dijo llamarse el nuevo amigo, invitó a Llanca a guarecerse en los túneles y subterráneos de la vieja cervecería y cazar ratones.



—Acepto —ladró Llanca entusiasmada—. Iba en busca del potrero de las gaviotas, pero me cansé del viento y la lluvia.

—Estos subterráneos desembocan en un antiguo cauce que atraviesa lado a lado la isla. Hay tantos túneles, que parece laberinto. Ten cuidado, porque hay muchos hoyos profundos llenos de agua, donde uno puede ahogarse —advirtió Abandonado.

Para ser cachorro, ya tenía mucha experiencia.

—Nací cojo y con una oreja caída —explicó a su amiga, mientras se internaban en los pasadizos oscuros—. Por eso nadie me quiso.

—Yo te encuentro muy “querible” —masculló la perra—. Si bien una oreja se te cae, la otra parece asta de bandera; y la cojera te hace gracia.

—Eso mismo me dijo la Perra del Pescador, que yo era simpático.

—¿La Perra del Pescador? ¿Quién es esa?

—Vive en el muelle chico, donde hay un bote que pasa gente de un lado al otro del río. Ella también va y viene, pues acompaña a su amo a todas partes. Y en los ratos libres, pescan.

—Me encantaría pasear en un bote. ¿Puedes presentarme a tu amiga?

—Por cierto, pero no acepta a todo el mundo. Al bote, no creo que puedas subir, pues precisamente es algo así como su casa. Lo defiende como fiera.

—Cada vez me parece más interesante tu amiga. Debe ser fantástico vivir en un bote.

—¡Cuidado! —aulló en ese momento Abandonado, porque Llanca, distraída, casi cae en un agujero.

—Gracias, amigo. ¿Y tú anduviste en el bote?

—Yo, por cierto. Cuando necesito ir al otro lado, lo hago siempre en el barquito del Pescador.

—¡Qué suerte la tuya! Yo tengo que atravesar por el puente. El otro día casi me atropelló un camión; quedé tan asustada con ese monstruo diluviano, que no me he atrevido a ir de nuevo a la ciudad. Y con lo que me gusta el muelle...

En ese momento, en la oscuridad creciente de las cuevas, se oyeron unos raros chillidos.

—Son los murciélagos —advirtió Abandonado—. No te preocupes, aún no despiertan bien, porque el tiempo ha estado malo.

—¿Cómo? ¿Por qué no despiertan?

—Porque todos ellos duermen el invierno entero. Solo al llegar el sol veraniego salen de su sueño. Y te diré que duermen cabeza abajo; son de lo más extravagantes.

—Será por eso que tienen mala fama —masculló Llanca, que algo había oído de chupadores de sangre, pues al Niño de la Casa Grande le gustaban los cuentos de terror.

—La pura fama, porque fuera de sus rarezas, son inofensivos.

De pronto, un gran coipo hembra saltó en la oscuridad, delante de ellos. Estaba haciendo su nido, pero al ver a los perros huyó espantada.

Llanca partió corriendo detrás sin escuchar las advertencias de su amigo. Por cierto, el coipo desapareció entre las galerías que se entrecruzaban, y cuando la dálmata se dio cuenta se encontró completamente perdida. Oyó ruido de aguas y temió caer en el cauce subterráneo que atravesaba la isla. Dio dos ladridos por si su amigo la escuchaba, pero solo sus propios ecos le contestaron.

Abandonado no podía correr tan rápido como ella, por su cojera. Husmeando, empezó a retroceder, se cayó en pozos fangosos no muy profundos; en fin, caminó mucho, rastreando sus propias huellas y las que había dejado su amigo chascón.

Después de un rato largo, dio con Abandonado. Se lanzó feliz hacia él, moviéndole la cola, pero el cachorro retrocedió, gruñendo.

—¿Ya no me reconoces? —preguntó la perra, apenada.

—Ah, perdona; es que vienes de otro color —contestó Abandonado.

En su idioma, rió y chacoteó en torno a la dálmata y luego ambos resolvieron buscar algo para comer, pues el frío y las carreras los tenían hambrientos.

—Esta mañana se me olvidó tomar desayuno —recordó bruscamente Llanca.

Al salir de las antiguas ruinas, vieron que la tempestad había amainado.

—En los pantanos hay unas ranas gordas exquisitas —indicó el sabio cachorro.

Hacia allá se dirigieron y Llanca cazó ranas, pero le dio repugnancia comérselas. En cambio, Abandonado no les hizo asco.

Estaba acostumbrado a comer lo que cayera en su hocico de perro sin amo.

Llanca sintió ganas de regresar a su casa.

—Otro día me presentarás a la Perra del Pescador, y otro día, también, buscaremos el lugar donde viven las gaviotas —dijo, despidiéndose de su nuevo amigo.

Al dar la vuelta a un cerrito, la perra divisó unas figuras conocidas. Sí, ahí venían su Ama y el Niño de la Casa Grande, con botas e impermeables, y con caras de preocupación. Un poco avergonzada, pues no dejaba de remorderle la conciencia haber dejado la casa sin aviso, se acercó a los dioses humanos, moviendo su cola de látigo. Algo raro pasaba, sin embargo. Su Ama no le hacía caso y gritaba:

—¡Llanca, Llancaaa!

—Estoy aquí, a tu lado —masculló la perra.

Entonces su Ama la reconoció y el Niño de la Casa Grande reía apretándose su

estómago y señalándola con el dedo, sin poder hablar. Su Ama trató de poner cara de enojo, pero no lo consiguió.

—¡Mira cómo has quedado! Eres una Llanca completamente negra —rió—. Por dónde habrás andado, con este día.

—Le daremos un buen baño con manguera —dijo el Niño.

Aunque esto último le cayó a la dálmata como inyección, siguió a su Ama y al Niño saltando de felicidad.

Abandonado los miró alejarse por entre los pelos que cubrían sus ojos, preguntándose cómo sería eso de tener dioses humanos.

## LOS TÚNELES DE ABANDONADO

A pesar de que Llanca era de sangre azul, sus amistades eran todas de sangre roja, porque son más interesantes los perros vagabundos, que conocen la realidad y gozan con las aventuras de la vida.

Solamente Pelusa, la *cocker spaniel* que le regalaron al Niño de la Casa Grande, era distinguida, con sus largas orejas, su pelo dorado, sus actitudes de reina egipcia.

Habría sido antipática, metida bajo las faldas o sentada sobre ellas, si el Niño no le hubiera enseñado a ser guerrera.

—¡Pelea, pelea! —la azuzaba.

Y cuando aún no se afirmaba en sus patas, ya sabía enojarse, morder, salir en defensa de su amo y de los huesos que roía.

—Tan fina que parecía —comentaban los sorprendidos visitantes, defendiendo sus talones.

—Es valiente, es de guerra —comentaba el Niño con orgullo.

La primera vez que Llanca y Pelusa se encontraron fue bajo la mirada desconfiada de la Gata Blanca, que veía llegar el fin de su dominio sobre la dálmata.

Pelusa, luego de olfatear la piel manchada de la otra perra, le preguntó:

—Dime, ¿estás con alfombrilla o con alguna peste por el estilo?

—No, no uso alfombrillas. Mi Ama tiene una junto a su cama olorosa, pero yo duermo afuera, en una casa de techo rojo.

—¡Ah, ya veo! Estas manchas son propias de tu piel.

Y continuaron olfateándose, hasta que resolvieron confiar la una en la otra, en vista de que ambas, además de vecinas, tenían amos que se querían.

Pelusa era muy casera, no acostumbraba a salir ni a vagabundear como Llanca. Al oír todas las cosas que conocía su nueva amiga, le rogó que la convidara a su próxima correría.

—Es muy interesante lo que me has contado de los túneles de Abandonado. Y aunque la Perra del Pescador me parece una aventurera del agua, también tengo ganas de conocerla, pues me encanta meterme al río.

—¿Te metes al río? —exclamó Llanca con asombro—. Yo no soporto que mi Ama me bañe; es un estúpido invento de los humanos. Ellos dicen que es para que



no tengamos pulgas, pero el agua no las mata; a lo más, se adormecen. Además, te contaré que tengo mi pulga regalona y no quiero que me la asesinen.

—Si es por las pulgas, el baño no tiene asunto. Esos bichos son como nuestras malezas. Perro sin pulgas se aburre y no se respeta.

—Así me parece —afirmó Llanca, feliz de estar de acuerdo con Pelusa—. Podemos hacer intercambio de pulguitas.

—Espléndido. Y te enseñaré a nadar en el río. Sus aguas frías son maravillosas, sobre todo, cuando llueve o cuando hace un sol fuerte.

—Bueno, cuando llueve todos se mojan. Pero meterse al río...

Llanca miró a Pelusa con detenimiento y se dio cuenta de que sus pelos eran largos, abundantes y crespos, a lo hippie.

—Ahora comprendo tu gusto por el agua. Tienes demasiado abrigo. En

cambio, yo soy friolenta con mis pelos a lo militar.

La Gata Blanca estaba observando con desprecio esta conversación entre las dos perras. Por precaución se había trepado a una rama relativamente baja de un arce silvestre y desde allí escuchaba cada cosa que decían. Al oír lo de los baños, pelos y pulgas, no pudo dejar de meterse con un maullido burlón:

—¡Qué vulgaridad! Perras tenían que ser para hablar tanta lesera.

A lo que Llanca, que aún vivía hipnotizada por la Gata, contestó:

—¿Acaso tú no tienes pulgas y largos pelos? Yo también te he visto huir del agua y hasta de la lluvia, que, en cambio, a mí me encanta.

—Es verdad, pero no hablo sobre ello, por sabido —contestó la Gata con arrogancia.

—¿Hay algo no sabido? —preguntó Llanca ingenuamente.

La Gata lanzó un largo maullido, que envolvía en una gran interrogación al mundo que las rodeaba.

Pelusa decidió hacer callar a la Gata y darle un buen mordisco, si fuera posible, para que no volviera a molestar. Con furiosos ladridos, expresó:

—Lo no sabido es que ahora mismo te vas de este lugar.

Y dirigiéndose a Llanca continuó:

—No sé hasta cuándo aguantas las impertinencias de este animal despreciable, que vive de la comida ajena. ¿No te roba lo mejor de tu plato? ¿Y no ha llegado su frescura hasta impedirte entrar en tu propia casa? ¡Vete de una vez, gata enredosa; vete, vete!

Llanca se contagió con la rabia de Pelusa y se puso a ladrar bajo la rama donde la felina, con las orejas echadas hacia atrás, resistía fríamente los ataques que ella misma provocó. Su refugio era seguro y

no estaba dispuesta a abandonar sin lucha casa y alimento, por ajenos que fueran.

Ella, el Ama, salió de la Casa Chica y les dio una buena reprimenda por estar molestando a la “pobre” Gatita Blanca, dijo.

Pelusa y Llanca se alejaron por el huerto enojadísimas.

–Nunca se acaba de comprender a los humanos –ladró la cocker.

–Es que Ella quiere mucho a la Gata Blanca; hasta le ha curado sus heridas –comentó Llanca.

–Cría gatas y te sacarán los ojos –dijo sentenciosamente Pelusa.

Por el camino se les olvidó la pelea y la rabia.

–Vamos a visitar a Abandonado –invitó la dalmata.

–Por fin conoceré el mundo –suspiró la cocker, con los pelos aún parados.

–Eso sí, hay que tener cuidado con los tremendos animales que llegaron después del diluvio. Andan por las calles desatados y a mí casi me matan –advirtió Llanca.

–¿Animales más grandes que las vacas?

–Estos que te digo llevan vacas encima, sus bufidos son espantosos y en la noche sus ojos brillan. Se llaman camiones.

–Ah, animales amaestrados por los humanos... Sí, los conozco de lejos. No sabía que fueran tan terribles.

Pegada a Llanca, atravesó algunas calles solitarias de la isla para llegar a la cervecería. Tomaron por un bosque junto al río y se deslizaron hacia ese lugar de misterios: los viejos y peligrosos túneles de Abandonado.

Llanca lanzó unos suaves ladridos de advertencia para que el amigo acudiera a recibirlas sin desconfianza.

No tardó en aparecer, dando saltos con sus tres patas buenas.

—Abandonado, te vengo a visitar con mi amiga Pelusa —presentó Llanca.

—Bienvenida; si es tu amiga, también es mía —contestó él, olfateando a las visitantes.

Pelusa comentó:

—No veo tus ojos. ¿Cuál es tu cabeza?

—Pero yo te veo a ti y eso basta. ¿A qué debo el honor de la visita?

—Queremos recorrer los túneles —explicó Llanca—. Pelusa no ha salido nunca de su casa y quiere conocer el mundo por arriba y por abajo.

—Lástima que este no sea un buen momento para entrar en mis túneles. Tengo unos alojados muy tímidos y estoy cuidando de que nadie entre a molestarlos.

—Nosotras jamás molestaríamos —aseguró Llanca—. Pelusa es tan fina como yo.

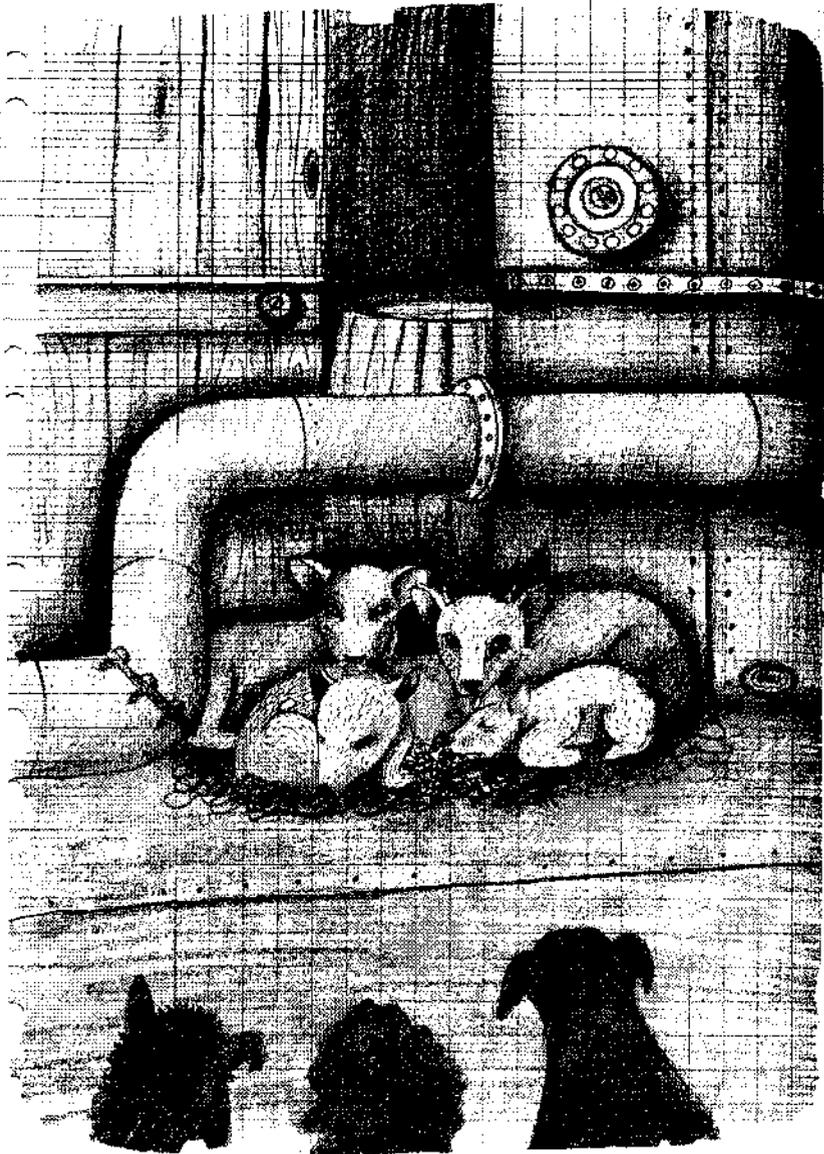
—No quiero ofenderlas, pero ha venido a refugiarse en las galerías mi amigo, el pudú de octubre, con su familia.

—¿Qué es un pudú de octubre?

—Yo lo llamo así, porque viene siempre por este mes a la isla. Es un ciervo de nuestros bosques. Los persiguen hombres, perros, zorros; como tengo alma de pastor, estoy cuidándolos. La señora pudú acaba de tener dos pequeños ciervos, aún no pueden pararse sobre sus patas, de modo que el momento es delicado para ellos.

—Ah, sí, lo comprendo —murmuró Pelusa enternecida—. ¿Podrías explicarle que nosotras somos pacíficas? Jamás haremos daño a tus protegidos; solo nos interesa saludarlos y recorrer los túneles, nada más.

—Pero tienen que guardar el secreto —advirtió Abandonado—. La Chilla, el zorro pequeño, anda al aguaito para devorar a los pequeños ciervos. Estas últimas noches el señor Pudú y yo no hemos pegado los ojos, pues la Chilla se escondió en otros túneles cercanos y espera cualquier distracción nuestra para atacar.



–Eso me parece fantástico –exclamó Llanca.

–Me ofrezco para vigilar y ayudarles a defender a los pudúes.

–Yo también –se apresuró a ladrar Pelusa.

–Gracias –expresó Abandonado–. Entraré a comunicar a la familia que ustedes son de confiar. Eso sí, les ruego mirar a los recién nacidos a distancia; no pueden acercarse ni a olfatearlos, pues la madre los mataría.

Ambas perras prometieron discreción. Abandonado entró a dar el recado y demoró bastante en volver.

–Tal vez la familia pudú no quiere vernos –comentó Pelusa, echándose en el suelo, cansada.

–Más bien creo que esos ciervos deben estar escondidos en lo más profundo, muy lejos de la entrada y a eso se debe la tardanza de Abandonado –dijo Llanca, que conocía el lugar.

Así era. Abandonado apareció al rato, explicando que los pudúes estaban en un lugar muy secreto y que permitían a las visitas siempre que lo hicieran con discreción.

Ambas siguieron al amigo, penetrando en la noche de los intrincados túneles. Pasaron junto a los pozos profundos llenos de agua, sintieron el roce de los murciélagos, oyeron el chapoteo de los coipos, pero no hicieron ningún movimiento brusco, ni ladraron, ni persiguieron a ratón alguno. Sus ojos fueron acostumbándose a lo oscuro y pudieron distinguir a una rata almizclera cuidando a su camada de recién nacidos.

—Esa rata se defiende sola —explicó Abandonado—. Su olor aleja al más hambriento. Aunque estos túneles son mi casa, en ellos viven cantidades de seres tan solitarios o despreciados como yo. Así nos damos una compañía de soledades.

En un recodo que formaba una especie de gruta, sobre musgos que acarrearón los padres Pudú, estaban los recién nacidos.

Protegidos por el oído finísimo de los ciervos mayores, por el calor de sus cuerpos, dos pequeños aún no abrían los ojos, de mirada tan dulce, como si reflejaran la paz de las selvas y río sureños.

Abandonado dijo:

—No teman, porque mis amigas no se acercarán. Ellas me ayudarán a defenderlos de la Chilla.

Los pudúes inclinaron sus cabezas. El macho tenía dos pequeños cuernos; los ojos de la hembra eran anchos y suaves, llenos de temores, a pesar de la seguridad que quería transmitirle Abandonado.

Estuvieron solo un momento, pues los pudúes empezaron a temblar, nerviosos. Han sido los animales más perseguidos de las selvas chilenas; su carne tiente a

hombres y animales de presa, de manera que su instinto de defensa está muy aguzado. Los salvan el oído y el olfato, la rapidez con que corren y el poder atravesar ríos y torrentes a nado.

—Sigamos adelante —rogó Pelusa.

—Muy bien, siempre que sepan nadar —dijo Abandonado.

Llanca echó las orejas hacia atrás, temerosa. Pero Pelusa no le hizo ningún asco al convite y partió hacia donde se escuchaba un rumor de aguas corrientes.

Viendo alejarse a sus amigos, la dálmata no tuvo más que atreverse a continuar. Ella era la que había dado la idea de conocer los túneles y no podía quedar mal ante la cocker.

Así llegaron al torrente subterráneo, que no era muy profundo. Llanca podía apoyar aquí y allá sus largas patas en el fondo. Esto le dio confianza. “No hay como sentir suelo bajos los pies”, pensó.

Nadaron hasta divisar luz. Iban a favor

de la corriente, así es que no hacían gran esfuerzo. Y muy luego la vertiente los botó a orillas de un gran río que nunca habían visto, de aguas verde profundo, que se encrespaban por su rapidez.

Salieron a un estrecho borde y Abandonado ladró:

—Este es el río Cruces, que está por el otro lado de la isla Teja. Vienen muchos pescadores por estos lados, pues hay abundancia de lisas...

No había terminado de explicar, cuando surgieron del río, aquí y allá, unos rayos de plata, que rebotaban como si estuvieran de fiesta.

—Ahí están, esas son las lisas, peces de río muy hermosos.

Como arcoíris, surgían del agua, jugando alegremente. Las perras las oyeron reír en su idioma de peces. Y como la alegría se contagia, igual que la tristeza, los tres movieron sus colas y ladraron a toda garganta,

celebrando la libertad de vivir, de andar por el agua o por el aire, de ser amigos y conocer juntos todo lo que existe.

De pronto, Abandonado recordó:

—Aunque es de día, la Chilla puede aprovechar mi ausencia y atacar a los ciervos. Volveré. Ustedes pueden hacerlo por las colinas; el camino es fácil.

Y allí se separaron. Mientras Llanca y Pelusa tomaban el camino de las colinas, Abandonado regresó a sus túneles.

Cuando las perras iban por un viejo bosque, el pequeño zorro apareció entre el follaje. Con ladridos cortos y agudos, chilló, haciendo honor a su nombre:

—¿Por qué han venido a meter sus narices donde no les importa?

—Porque nos importa —contestó Llanca desde la altura de sus ágiles patas.

Pelusa, asustada al ver el gesto poco amable de la Chilla, se escondió detrás de su amiga.

—Tengo hambre, eso es lo que ustedes no conocen —contestó el zorro—. Perras burguesas.

—Las hamburguesas son muy ricas —aventuró Pelusa.

—Ya lo creo —aulló la Chilla—. Sobre todo si son de pudú.

—Te convido a comer de mi plato, a ver si dejas tranquila a esa pobre familia —ofreció Llanca.

—No puedo aceptar tu invitación. Si me ven los hombres me vuelan el cuero.

—Ven esta noche; yo te dejaré algo bueno en mi plato. Duermo en una casa de techo rojo, así es que no tengo inconveniente en recibir visitas nocturnas. Mi Ama tiene el sueño pesado.

—Acepto —dijo la Chilla—. Y desapareció en el bosque.

—¿De veras que convidarás de tu plato al zorro? —preguntó Pelusa.

—De veras. Y si tú fueras generosa, me traerías uno de tus huesos a medio roer.

—Eso es mucho pedirme —se quejó la cocker—. Solo me dan uno al día.

—Hay que hacer un sacrificio para salvar a la familia pudú y aliviar la vigilancia de Abandonado. Teniendo la panza llena, la Chilla no entrará en los túneles.

—Te prometo dos huesos del año pasado —prometió Pelusa.

—Mejor haz un buen desentierro, pues pienso invitar al zorrillo varias noches, hasta que los pequeños pudúes puedan arrancar,

Y esa noche y las que siguieron junto a la Casa Chica se celebraron originales banquetes: dos perras viendo devorar comida y huesos a la Chilla silvestre, de piel color hoja seca.

## LA PERRA DEL PESCADOR

Pelusa dio un salto para alcanzar a los pájaros Carpinteros, que desde hacía unos días habían llegado al jardín en busca de árboles viejos.

—Vaya, no logro pillarlos —ladró—. Me molesta su canto, si puede llamarse así; empiezan con crujidos iguales a los de las puertas y desafinan. Ay, se me parten las orejas. Y luego, su picoteo...

La pareja de Carpinteros, como si ignoraran la ley de gravedad, subían y bajaban por los troncos, cabeza arriba o cabeza abajo, aferrándose a ellos con sus robustas patas. Y de pronto, toc, toc, hasta que rompían la corteza y alcanzaban el escondite de algún bicho maligno.

Los grandes y vistosos pájaros tenían loca a Pelusa. Tanto ladrido atrajo a Llanca.

—Oye —aconsejó a su amiga—, no pierdas el aliento por unos Carpinteros; vámonos a divertir dando un paseo en lancha con la Perra del Pescador.

—Buena idea —exclamó la cocker y partieron a ocho patas. A una se le volaban las orejas, a la otra no se le veían las patas.

Fueron a invitar a Abandonado.

—Tú tienes más amistad con la Perra del Pescador; preséntanos para que nos permita atravesar el río —suplicó Llanca.

—Sí, quiero navegar y conocer los secretos del Calle-Calle —añadió Pelusa.

—Bien, bien, saldremos de aventura; pero ojalá que después no se arrepientan —advirtió Abandonado.

Ambas aseguraron que estaban con buen ánimo. De todos modos, el amigo conservó su cara de pregunta, con su oreja gacha y la otra en alto. Con paso disparejo se dirigieron al lugar del balseo, donde el Pescador amarraba su bote. No quedaba muy lejos de la Casa Grande y, para acortar camino, atravesaron los jardines junto al río.

La Perra del Pescador estaba en la lancha, vigilante. Era mezcla de tregua, raza araucana famosa por su bravura; su pelaje gris y sus largas patas la asemejaban a un lobo. Cuando Llanca y Pelusa la vieron, les dio susto. Estos treguas no ladran, sino que atacan hasta matar.

Abandonado se burló:

—Vamos, ¿tienen miedo? ¿No tenían ganas de correr aventuras? Saluden, que Tregua no se las va a comer.

Ambas amigas ladraron sus más amables saludos, a los que Tregua contestó:

—¿Qué quieren, perras pitucas?

Abandonado intervino:

—Quieren tu amistad. Estas damas son finas, pero no relamidas. Están acostumbradas a la dureza del tiempo y quieren dar un paseo por el río.



Tregua guardó silencio, observando la blanca piel manchada de la dalmata y las orejas largas y crespas de la cocker. Luego se acercó a olfatearlas, lo que también hicieron las de sangre azul. Y habiéndose establecido el lazo del olor, Tregua las aceptó, permitiéndoles acercarse al bote.

—Qué perfumes deliciosos —murmuró Pelusa, recorriendo con la nariz pegada a las maderas todo el barquito—. El pescado es mi plato favorito, después del chocolate.

Llanca asintió con breves ronquidos, aunque el balanceo del extraño hogar de Tregua la sorprendiera un poco, desequilibrándola.

Pelusa se sentó en la proa, dispuesta a gozar del paseo. Tregua desató hábilmente el bote del atracadero y se deslizaron dulcemente río abajo.

Abandonado se instaló sobre el asiento central y Llanca recorría desatentada,

haciendo inclinarse el barco y produciendo un peligroso movimiento.

—Quieta —ladró bruscamente Tregua, como buena capitana—. Quédate tranquila o nos daremos vuelta.

Llanca se detuvo con una pata en el aire y la cola recta, como cuando olía caza; solo que ahora miraba con terror el agua que la rodeaba por todos lados.

—Iremos a la isla Sofía —indicó Tregua.

—Es un hermoso lugar lleno de gaviotas —ladró Abandonado—. Es lo que tú andas buscando, Llanca: el sitio donde anidan las gaviotas.

Luego del primer susto, Llanca se sentó en el fondo del barquito, asomando la cabeza por la borda. Una estela de pájaros lo seguía, comentando que un cargamento de perros era algo muy raro.

La marea bajaba, de modo que seguían la corriente cada vez más rápida. No tardó

en quedar atrás la isla Teja y las últimas casas sumergidas, las ruinas de lo que fue ciudad y el abandonado puerto de Las Mulatas.

Entonces un aire traicionero empezó a soplar del norte; dos rachas inconfundibles levantaron olas, como si el viento hubiera dado dos patadas de advertencia en el agua.

Tregua olió el aire, pero nada dijo. Su silencio inspiraba seguridad y saludable respeto.

Llanca se inquietó; Pelusa dejó la proa para sentarse frente a Abandonado en el otro tablón desocupado. Ni el amigo peludo ni la araucana dejaron sus lugares.

—No hay por qué inquietarse —ladró el único varón—. La tempestad vendrá cuando estemos a salvo en Sofía.

—¿Y en Sofía hay donde refugiarse? —aulló Llanca.

—Unos bosquecillos nuevos y matorrales de quila —advirtió Abandonado—. No es la primera vez que vamos a ese lugar. Tenemos hasta huesos enterrados.

Esto conformó de inmediato a Pelusa.

—Teniendo algo que roer, no importa que llueva y truene.

Siguieron por el medio del río y las gaviotas iniciaron su danza feliz, dejándose llevar por el viento.

Tranquilizadas, las perras novatas se dedicaron a contemplar las islas que empezaron a desfilarse ante sus ojos. Las de la derecha se veían habitadas; de vez en cuando un perro ladraba desde la orilla:

—Oigan, ¿adónde van?

—A Sofía, a desenterrar huesos —respondía Abandonado.

Pero sus ladridos se los llevaba el ventarrón.

Dejaron atrás la isla Mota, pequeño paraíso de otros tiempos. Su casa de persianas cerradas parecía llorar recuerdos. Y los grandes coigües y alerces cantaban gravemente antiguas historias de niños que correteaban por los senderos del viejo parque.

La lengua de arena llamada Sofía estuvo pronto a la vista.

—Hace poco tiempo que se volvió a formar esta islita —comentó Abandonado—. Oí decir a una vieja gaviota que hace años se hundió con un maremoto. Ha vuelto a salir del agua y le están creciendo árboles.

—¿Cómo es eso de que se hundió? —dijo Llanca, inquietándose.

—Pues, sí; se la llevó una tremenda ola.

—Ay, no me digas que esta isla es como el Lobo de Mar, que sale a flote y se hunde.

Tregua ladró:

—Eso no sucederá hasta muchos años más. Yo lo sé, porque los de mi raza nos contamos la historia desde antiguo y así sabemos el ciclo de lo que se sumerge y de lo que sale a luz.

Eran palabras harto misteriosas.

—¿Eso quiere decir que no hay peligro? —interrogó Pelusa.

—Ninguno —afirmó Abandonado.

Se prepararon para atracar en la isla Sofía, pero el huracán dispuso otra cosa. El bote siguió de largo y empezó a llover. Llanca y Pelusa se affigieron, una porque quería pisar tierra firme, y la otra, por los huesos que se le escapaban.

Tregua advirtió:

—No sigan lamentándose, porque las echo al agua. Ustedes no tienen espíritu aventurero. No hay como lo imprevisto. A lo mejor llegamos a la isla del Rey.

—¿Y eso es muy lejos?

—Un poco. El viento nos empujará a sus orillas. No es la primera vez que hago este viaje.

—¿Hay huesos en la isla del Rey? —ladró Pelusa.

—Huesos antiguos y nuevos —contestó Tregua, misteriosa. Y ni el viento le sacó otro ladrido.

La isla del Rey era muy grande. Apareció a la izquierda, con sus bosques de pinos y sus laderas escarpadas. Se notaba que había sido arrasada por el fuego muchas veces. El bote empezó a aproximarse en forma peligrosa a las rocas de la orilla.

—¡Auuuuu! —aullaron desoladas las de sangre azul, que ya se veían entre los peces.

Bruscamente, Tregua se lanzó al agua y empezó a empujar el bote con el hocico hacia un lugar donde pudieran desembarcar. Abandonado, como varón, hizo lo mismo y, aunque nadaba muy bien, la

corriente se lo llevó río abajo, con gran espanto de Llanca y Pelusa.

Al cabo de un rato largo, Tregua logró arribar a una playa pedregosa, donde el bote reposó por fin.

—¿No vas a buscar a Abandonado?

—Ay, pobre amigo, ya se habrá ahogado.

Esto gemían la dálmata y la cocker. Pero Tregua, luego de mirar río abajo, se puso a afirmar el bote con piedras que acarreó con el hocico.

Tristes por la desaparición de su amigo, empapadas y tiritando, Llanca y Pelusa corrieron a refugiarse bajo quillas y murtas. Estaban lamentándose y sacudiéndose, cuando de improviso se les juntaron Tregua y Abandonado. Los miraron con admiración; de felicidad se pusieron a ladrar, a saltar y a revolcarse, con lo que se transformaron en perras de barro.

—¿Qué había pasado? Abandonado, dejándose llevar por la corriente, arribó a tierra más abajo. Sin hacer mucho caso de las muestras de alegría, se enrolló y se echó a dormir. Tregua hizo lo mismo. Era lo más sabio y así los imitaron Pelusa y Llanca, apretujándose una contra la otra para calentarse. Capearon el temporal yéndose al país de los sueños.

El silencio los despertó al otro día, pues la lluvia y el viento habían cesado. Se sacudieron y lamieron a su gusto y luego se lanzaron en busca de comida.

Tregua no se internó tierra adentro, como los otros, sino que se dirigió a la playa. Comprobó que el bote estaba a salvo y luego desenterró innumerables huesos, restos de mariscos, todo lo que el río echa a las orillas.

Los excursionistas volvieron con las narices llenas de tierra y los buches vacíos. Tregua estaba en el agua, dando raros



mordiscos. Notaron entonces que se llenaba el hocico con unos pececillos transparentes. Eran puyes, anguilas que suben por el río en primavera. Un manjar de reyes que existe en pocos ríos del mundo.

No tardaron en estar todos en el agua; hasta Llanca daba mordiscos acuáticos para calmar el hambre. Una vez con el estómago en paz, Tregua dirigió la expedición.

—Iremos al castillo sumergido, que otrora se llamó Carboneros, y que luego de ser abandonado se cubrió de zarzas y se transformó en cerro. Y un buen día lo cubrió el agua, lo lavó, y ahora es mío.

—¿Por qué hay tantas cosas sumergidas por aquí? —preguntó Llanca—. Islas que bucean y salen, lobos, casas, barcos... Y ahora un castillo. ¿Qué es eso?

—Muchas preguntas —contestó Tregua—. Ya verás.

Abandonado gruñó:

—La Rata almizclera me contó algo de un terremoto.

—¿Y eso qué es? —preguntó, a su vez, Pelusa.

—Algo que se siente venir antes de que llegue —contestó el perro.

—¡Vaya adivinanza! —ladró Llanca.

—Dicen que la tierra se mueve y cruje, y se caen las casas de los humanos. Se hunde el río y el hueco se rellena con agua del mar. En fin, algo tremendo. Nosotros tenemos una oreja invisible, que nos avisa los temblores antes de que sucedan.

Y Abandonado partió al trote siguiendo a Tregua, aburrido con tanta explicación. Sin embargo, aunque las perras finas corrieron y Abandonado trató de apurarse con su patita coja, Tregua desapareció sin que lo notaran.

Llegaron ladrando hasta el promontorio donde la isla del Rey termina y se enfrenta a la isla Mancera. Desde allí vieron cómo

se juntaban los ríos y salían al mar, anchos, llenos de olas y pequeños barcos.

—¿Dónde estaaás, Tregua? —aulló Abandonado.

Después de olfatear los alrededores, Llanca confesó:

—Tengo la nariz enteramente confundida. Los rastros se mezclan.

—Tregua nos ha enredado adrede. Seguramente tiene un sabroso entierro secreto —ladró Pelusa.

Y Abandonado agregó:

—No es la primera vez que Tregua viene por acá; por eso no son claras sus huellas.

Se dispersaron, olfateando. De pronto, Llanca ladró frenética:

—¡Por aquí, por aquí! ¡La pillé!

Debajo de unas tupidas matas, la dalmata había encontrado una madriguera poco más grande que la de un zorro. Se dispuso a entrar, seguida por los otros, cuando desde el fondo un rugido la paró en seco.

—Es un puma —gimió Abandonado.

A los tres se les erizaron los pelos y se pusieron a ladrar como chiflados. El rugido se repitió varias veces, pero el puma, tal vez acorralado por las furiosas advertencias, no se atrevió a asomar pata y menos narices.

De súbito sonó a sus espaldas un extraño ronquido, entre burlesco y feroz. Se volvieron aterrados y con gran sorpresa se encontraron hocico a hocico con Tregua, que venía chorreando agua. Una que otra alga de río colgaba de sus lomos.

—Vaya susto que nos diste, amiga —suspiró Abandonado.

Llanca y Pelusa se apresuraron a olfatearla para saber de dónde venía.

—¿Fuiste a darte un baño? —preguntaron con diferentes ladridos.

—Fui a dar una vuelta por mi castillo; me cansé de esperarlos.

—Tú prometiste mostrarnos eso —recordó Pelusa.

–Pero antes hay que cazar al puma –insistió Llanca al oírse otro rugido.

Tregua se sacudió, rociando a sus compañeros.

–Eso no es un puma, es el oleaje. Por esa madriguera se llega al río y a mi castillo.

–¿Serías tan amable de invitarnos a conocerlo? –pidió Abandonado.

Y las dos de sangre azul se lanzaron hacia la madriguera.

–Vaya que son vulgares, no esperan a la dueña –masculló Abandonado.

Y se tiró también de cabeza al túnel. Tregua rió para sus adentros y no los siguió. No pasaron tres segundos y salieron aullando, como si la madriguera los hubiera vomitado.

–Hay un puma, le vi los ojos brillantes –dijo Llanca, que fue la primera en entrar al túnel.

Abandonado y Pelusa ladraron junto a la entrada:

–¡Si sales, no te quedará cuero bueno!

–Calma, cállense –ordenó Tregua, levantándose.

–Verán por sus propios ojos al que ustedes llaman puma. Síganme.

Y se introdujo agazapada en la madriguera. El fiel Abandonado la siguió sin pensar en su miedo. Pelusa se arrastró en seguida y luego de algunas dudas, Llanca. No tenía ya ningún interés en llevar la delantera.

A los pocos pasos un rugido resonó en las sensibles orejas de los perros y un par de ojos brillaron enormes en la oscuridad. Si Tregua no hubiera ido primero, los demás habrían arrancado de nuevo. Ella enfrentó a la fiera:

–¿Cómo estás, viejo? ¿Cómo andas del reumatismo?

Una vocecita aflautada, con chillidos de ratón, contestó:

—Estoy algo mejor. Uno que nació en el agua, tiene que morir hecho agua, no más.

—Bien, espero que dueres hartos años todavía y no dejes que nadie descubra mi castillo.

Al acostumbrarse a la oscuridad, Llanca y sus amigos vieron que el puma se achicaba y se convertía en un coipo de largos pelos embarrados y de no muy buen olor. Pasaron junto a él, avergonzados. Llanca estaba segura de haberlo visto sonreír con los dientes color naranja al aire.

Al final de la madriguera, cayeron a una caverna bastante grande, que de tanto en tanto se llenaba de olas chispeantes, produciendo el rugido.

Varios coipos jóvenes escaparon en todas direcciones, zambulléndose.

Tregua advirtió:

—Tendremos que nadar bajo el agua. Llénense bien de aire para salir de la caverna.

La dálmata era la más inexperta, pero no se demoró en imitar y seguir a sus amigos, sumergiéndose. Salieron al aire sobre unas rocas. Descansaron breves momentos y Tregua volvió a tirarse al agua. Los otros también y a la luz dorada del mediodía, que atravesaba ondas y mareas, vieron en el fondo el castillo de piedra, sus almenas, los cañones cubiertos de plantas, las salas, los patios vacíos, donde se reflejaban sus propias sombras tenues y la figura de los peces.

Varias veces salieron a respirar, para mirar los detalles del castillo.

—Cuando la marea está baja, casi sale a flote de nuevo, con sus murallones zigzagueantes —explicó Tregua al volver a la isla.

Regresaron por el mismo camino que escogió Tregua para sorprenderlos. Una vez que se sacudieron a su gusto, comprobaron que la perra araucana había cazado un gran

pez. Llanca reconoció que era una carpa; aún saltaba tratando de volver al agua. De dos manotazos, Tregua la aturdió. Y se sirvieron el banquete por turno.

Entonces la Perra del Pescador contó la historia del Castillo y la Campana.

## LEYENDA DE LA CAMPANA DE ORO Y LOS VIEJOS CASTILLOS

—En los tiempos de mi más antigua abuela —contó Tregua— llegaron a estas tierras hombres que parecían dioses, de cuerpos brillantes, montados en animales extraños y poderosos, como jamás se había visto.

Las flechas rebotaban en ellos, nada parecía hacerles daño. Los araucanos de más al norte, que les habían hecho la guerra, los creían invencibles. Hasta que descubrieron que bajo la capa brillante eran hombres

como ellos, aunque de piel blanca. Y los hermosos animales, los caballos, podían ser amigos de indios o españoles.

“En un principio, los huilliches, habitantes de estas regiones costeras, fueron buenos con los hombres brillantes; no les vieron el corazón ni las intenciones que algunos de ellos traían. Además, los extranjeros confundían a los araucanos guerreros con los huilliches campesinos, lo que fue una lamentable equivocación.

“Estos últimos no eran agresivos; cultivaban el maíz, la quínoa, las papas; recogían los frutos silvestres: piñones y avellanas, murtas y hongos de toda clase que se dan en árboles y tierras. También cazaban pudúes, guanacos y huemules; y aves como las bandurrias, los patos silvestres; pescaban una variedad de peces, y del río y del mar sacaban mariscos.

“Los recién llegados tenían hambre y los indios les convidaron de sus alimentos con generosidad. Hasta huevos de cisnes y

caiquenes llegaban a sus mesas. Entonces el río se llamaba Ainil y estaba lleno de cisnes de cuello negro.

“Construyeron su primera ciudad, que nombraron Santa María la Blanca y a la que añadieron Valdivia, por su fundador.

“Y cuando estuvieron rodeados de murallas y se sintieron seguros, empezaron a buscar el lugar de donde los huilliches sacaban oro. Esos lavaderos se llamaron Madre de Dios.

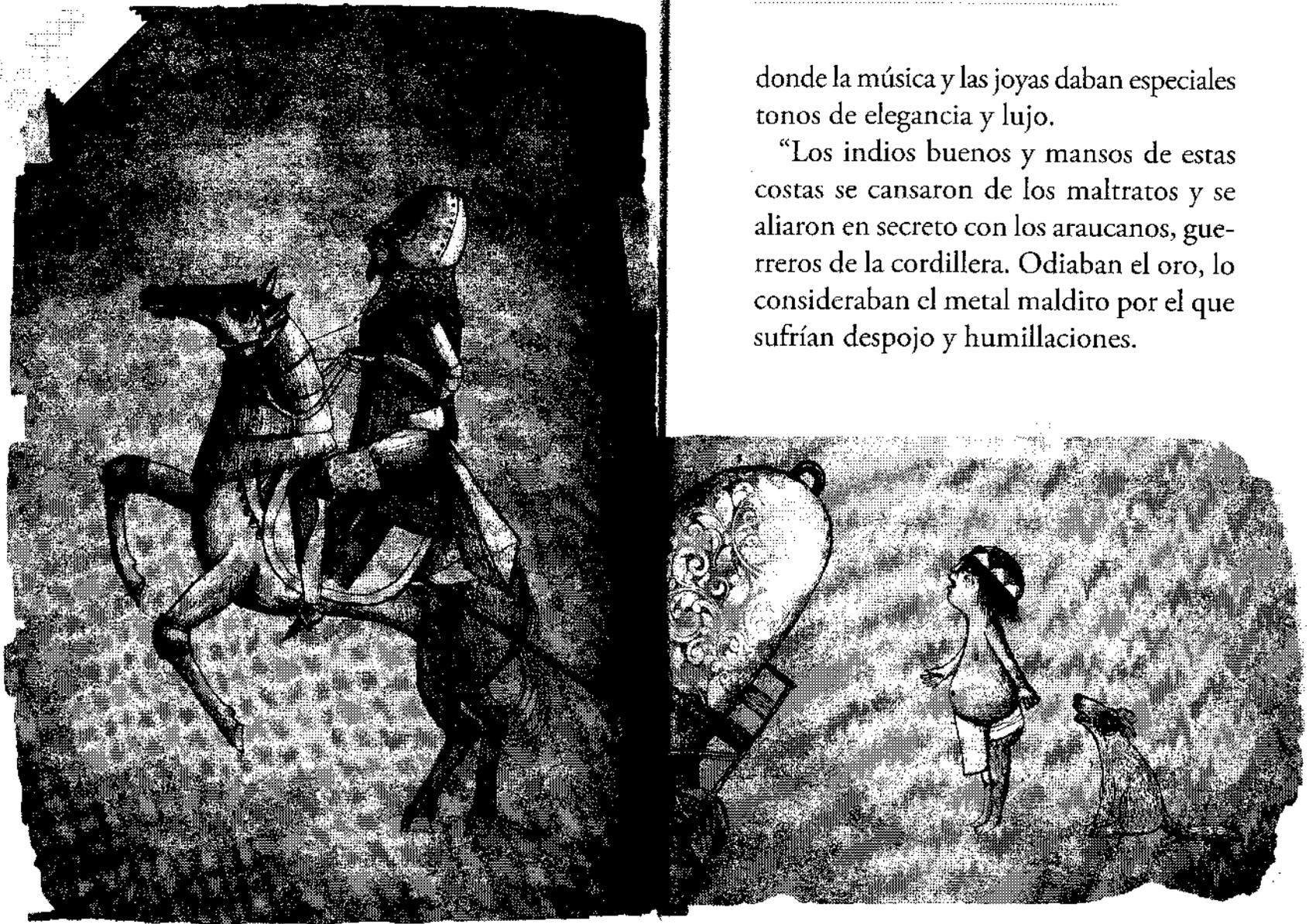
“Si la ambición no hubiera llenado las cabezas y corazones de los hombres brillantes, la paz habría reinado en esta tierra y Valdivia sería la ciudad principal de Chile.

“Empezaron a abusar de los indios, a maltratarlos y a exigirles que trajeran oro, haciéndolos trabajar como esclavos.

“Entretanto, unos grandes barcos entraban sin cesar por el río, trayendo y llevando tesoros. Las gentes construyeron hermosas casas, muchas iglesias y celebraban fiestas,

donde la música y las joyas daban especiales tonos de elegancia y lujo.

“Los indios buenos y mansos de estas costas se cansaron de los maltratos y se aliaron en secreto con los araucanos, guerreros de la cordillera. Odiaban el oro, lo consideraban el metal maldito por el que sufrían despojo y humillaciones.



“Los españoles habían fundido la mayor parte de su dorado metal en una gran campana, cuyo tintineo cristalino recordaba a los huilliches su esclavitud.

“Y una noche en que la ciudad resplandecía sobre el río, una noche de fiestas y risas, un ejército oscuro avanzó entre las sombras.

“Para la guerra, basta el odio de unos pocos. Crece y se reparte, se mete en la sangre sin que uno se dé cuenta.

“Y mientras brillaban las lámparas con velas de pura cera, y las damas danzaban con sus vestidos de seda y los caballeros habían dejado sus armaduras para vestirse de terciopelo y encajes; mientras comían y bebían, descuidados, los indios asaltaron la ciudad, tiraron teas encendidas sobre los techos de alerce y empezaron a matar a los centinelas adormecidos.

“En un segundo, la fiesta se transformó en espanto. Gritos de dolor y rabia se entremezclaban. La ciudad no tardó

en arder y más que nunca pareció una ciudad de oro.

“—¡La campana, la campana! —gemía el que guardaba los tesoros.

“Pero nadie pensó sino en salvar su vida y huyeron hacia tres galeones atracados al puerto. Los que se libraron, contaron después los horrores de aquella destrucción.

“De la hermosa Valdivia con sus torres sagradas no quedaron más que ruinas. Y los indios se llevaron prisioneros a cincuenta niños y a cuatrocientas mujeres.

“Los huilliches se apoderaron de la campana de oro y con la fuerza de su odio la lanzaron a lo más profundo del río, en el lugar donde el Calle-Calle recibe las aguas del Cau-Cau. Todavía resuenan sus campanadas en noches de tormenta, y cuando la luna atraviesa las honduras del río, se la ve brillar.

“Los demonios araucanos la frotan para que luzca siempre y la custodian para que nadie pueda alcanzarla”.

Aquí Tregua hizo un silencio, y Pelusa y Llanca creyeron escuchar en el viento el son cristalino de la campana misteriosa.

—Yo la he visto —comentó Abandonado—. Pero no me interesa el oro, no sé para qué sirve, sino para hacer más hermoso el reflejo del río. Sería una tontería sacarla.

Luego de beber unos sorbos en la playa cercana, Tregua continuó:

—Con la destrucción de Valdivia vino la de otras siete ciudades. Y pasaron cincuenta años de silencio en que la selva creció entre las torres y las piedras de las antiguas construcciones.

“Pero Valdivia y su río eran muy bellos, eran muy importantes, también, en aquel entonces. Se la llamó ‘Llave del Pacífico’ y ‘Gibraltar Americano’.

“Y regresaron los hombres blancos en sus barcos y reconstruyeron la ciudad y la fortificaron. Erigieron defensas desde la desembocadura del río. Y así fue cómo se

alzaron los castillos y fuertes de Amargos, Corral, Niebla, Mancera, San Carlos, Baides, Chorocamayo y el mío, ahora sumergido: Carboneros.

“Estos castillos, que durante largo tiempo, casi dos siglos, vomitaron fuego sobre cualquier atacante, hoy están en ruinas y sus cañones cegados. El único que se mantiene intacto es el mío. Solo el agua va suavizando sus piedras...”.

El viento se arremolinó en torno a los perros, como si quisiera llevarse la historia de castillos y tesoros lejos, hacia las montañas donde moraron guerreros sin piedad.

Al rato Llanca gimió:

—¿Qué te pasa? —preguntó Pelusa.

—Creo que echo de menos a mi Ama —dijo.

—Yo también siento que es hora de volver a casa. Mi Amo debe estar preocupado.

Tregua también recordó a su dueño: el Pescador. Solo Abandonado quería seguir

correteando por la isla del Rey y descubrir otro castillo, pues nadie lo esperaba, sino sus túneles llenos de peligro y de seres misteriosos.

Tregua observó las aguas del río y cómo la marea subía.

—Es el momento de regresar —ladró—. La marea nos llevará a nuestros dueños.

Retozando felices, los perros se dirigieron a la playa, donde el bote amenazaba irse río arriba. Saltaron dentro y Tregua empujó solamente para poner la embarcación a flote. Cada uno se colocó en el mismo lugar en que vinieron.

Esta vez Llanca iba tranquila, como si fuese toda una marinera.

## ARRIBO A PUERTO

El bote, llevado por las aguas, remontó lentamente el río. Pasaron Sofía y la Mota y...

Una rápida lancha de guardacostas apareció a lo lejos, dirigiéndose hacia ellos. Antes de que Tregua protestara, amarraron el barquito por la proa y lo remolcaron al muelle del Mercado.

Allí estaba el amo de la perra araucana, el Pescador, que avanzó hacia el bote con los brazos abiertos:

—¡Esta perra siempre me salva el bote!  
—exclamó ante un público numeroso que

se había juntado a mirar la curiosa escena—. Es como la tercera vez que lo dejo mal amarrado y ella se va y vuelve con él. ¡Merece un busto, por lo menos, en el centro de la Plaza de la República!

Ante la sorpresa de Llanca y Pelusa, el Pescador abrazó a Tregua y le dio un hueso carnudo que le tenía listo. Aunque de ninguna manera el Pescador habría entendido sus ladridos, se cuidaron de revelar que fueron ellos y Tregua quienes tramaron la aventura.

Entre el público se oyó un grito de felicidad:

—¡Pelusa, Llanca! ¡También ayudaron a salvar el bote!

Era el Niño de la Casa Grande, que había salido a buscar por la ciudad a las extraviadas y que estaba mirando el extraño arribo del barco manejado por una perra.

Aunque nadie esperaba a Abandonado, también cayó en gracia con sus ojos invisibles, su oreja gacha y la pata coja. No faltó



una señora que quiso llevárselo a su casa, ya que “el pobre perrito”, dijo, “parecía sin dueño”. Pero Abandonado se escapó entre las piernas humanas, aterrado de que alguien se adueñara de su alma silvestre.

Llanca y Pelusa fueron recibidas en sus casas como heroínas. Se les dio comida especial y su historia fue contada tantas veces, que alguien hasta escribió un libro sobre ellas.

Sin embargo, no se pusieron vanidosas, pues ellas sabían la verdad. Y cuando querían correr nuevas y divertidas aventuras se iban de visita donde Abandonado, al que llevaban de regalo huesos y otras finezas.

La Perra del Pescador, la valiente Tregua, les prometió que todos los años irían a descubrir islas y castillos por el río maravilloso: el Ainil de los indios, el Calle-Calle de profundidades misteriosas.

## Alicia Morel vista por sí misma



**N**ació un 26 de julio. Su madre la encontró muy fea; era su primer hijo y tenía otra idea de los recién nacidos.

Cuando tuvo tres meses, la dejaron bajo la higuera que daba sombra al tercer patio de la casa de los abuelos; pescó un buen resfrío; algunos pensaron que bajo el árbol mágico que florece en la noche de San Juan, adquirió también la costumbre de contar cuentos.

De pequeña, Alicia estaba convencida de que las casas volaban. Se contó una historia cuando oyó decir que si se reventaba el calentador del agua, la casa volaría. Una mañana de niebla en que el mundo exterior había desaparecido, creyó que la casa estaba entre las nubes, flotando. Le pareció normal que nadie comentara algo que se daba por hecho. Lo natural era que las casas volaran y luego descendieran con lentitud en el sitio acostumbrado.

Un segundo cuento se refería a los temblores. Imaginó unos grandes pájaros oscuros que avanzaban por el cielo para mover la casa. Asomábase a las ventanas con su hermano pequeño y con nerviosos gritos anunciaban “¡Allá vienen los temblores!” Por cierto, nadie les hacía caso; pero algunas noches las ventanas y las puertas golpeaban ruidosamente, mientras la casa iniciaba una danza bamboleante. Los mayores se asustaban mucho; los niños también, pero no de los temblores, sino del susto de los grandes.

A medida que fue creciendo, le sucedieron algunas magias. Solía entrar a unos templos chinos tallados en el tarjetero de marfil que tenía su madre encima de una mesa. Los templos subían y bajaban colinas, y unos monjes se acodaban en las ventanas bajo delicados saucos. Nadie le impidió entrar a los oscuros recintos de los dioses chinos.



Una mañana muy temprano, brotó de su sueño un ave de brillantes colores que picoteó el suelo, al pie de su cama, durante largo rato. Alicia no se atrevió a levantarse para que no escapara como los pájaros de los jardines. El ave misteriosa desapareció cuando abrieron los postigos de la ventana.

Varios hechos influyeron en su imaginación: un eclipse de sol en medio del campo, que hizo salir estrellas y silenció a los pájaros. Sopló un aire frío y una oscura amenaza bajó del cielo. Descubrió que la noche del sol podía ser definitiva; en cambio, la noche de la tierra estaba llena de ojos brillantes, cantos de grillos y sapos, lejanos ladridos. Si uno tenía miedo a causa de la profunda oscuridad de las noches de antaño, venían personas mayores con una luz o alzando una vela sobre sus cabezas, haciendo huir grandes sombras por las paredes.

Las ceremonias de la naturaleza se celebraban en familia: puestas de sol, salidas de la luna, contemplar estrellas y saber sus nombres, gozar con el cambio de las estaciones.

Ningún juego actual iguala a la maravilla de saltar y esconderse en los silos de paja, esas montañas doradas que permanecían en los campos luego de la cosecha de trigo; ni al juego de colocar paralelos los espejos de un gran ropero que, al enfrentarse, creaban un pasillo infinito. ¿Qué de sueños no tuvo Alicia, viendo repetirse su imagen y la de los espejos hasta oscurecerse? Ella sabía que continuaban más y más allá.

Los miedos también fueron distintos: historias de aparecidos y ánimas en pena se contaban al llegar la noche. Los niños soñaban con fantasmas que los perseguían, sufrían pesadillas semejantes a las que ahora provocan las imágenes de la televisión. La diferencia estaba en que cada niño creaba sus propios fantasmas, que más tarde podía domesticar. Desde que Alicia leyó en el *Tesoro de la Juventud* sobre Pompeya, la ciudad sepultada por la lava y la ceniza del Vesubio, tuvo un temor constante a los respetables volcanes chilenos. A comienzo de los años treinta, entraron en erupción los de la zona central, produciendo temblores suaves

que durante la noche estremecían las puertas, como si todas las ánimas en pena hubieran salido de los cementerios a rondar a los vivos. Días y noches de terror. Una mañana, en el colegio, Alicia vio cubrirse el patio de baldosas rojas con una leve capa de ceniza, traída por el viento. Fue su Pompeya.

En 1940 publicó el primer libro, gracias a su padre y a un amigo mayor que lo sugirió: *Juanilla, Juanillo y la abuela*. Contiene las alegrías y miedos de su infancia, y las experiencias de vivir en medio de una naturaleza aún intocada por el hombre. Curiosamente, esta pequeña novela fue escrita bajo las higueras de la chacra que tenía su padre cerca de El Canelo, en el Cajón del Maipo, no muy lejos de Santiago.

Sí, las higueras le transmitieron visiones y leyendas. Fueron algo así como sus hadas madrinas.

